

LA SEGUNDA GUERRA FRÍA (1975-1985)

THE SECOND COLD WAR (1975-1985)

Óscar Hernández Chinarro

Licenciado en Historia Contemporánea (Universidad Complutense de Madrid)

Escipion32@yahoo.es

Resumen

Una nueva escalada de violencia hizo temblar al mundo a principios de la década de los 80. El nuevo presidente de los Estados Unidos, Ronald Reagan, puso en marcha una política agresiva contra todo aquello que tuviera tintes comunistas, degenerando en un conflicto planetario que estuvo a punto de desencadenar la tercera guerra mundial. A este nuevo período de desestabilización se le denominó la Segunda Guerra Fría. Pero, ¿en qué consistió está?, ¿qué fines buscaba?, ¿pudo evitarse?, y lo más importante, ¿fueron los Estados Unidos quiénes la desencadenaron? El presente artículo elabora una síntesis del periodo para tratar de dar respuesta a éstas preguntas para entender en qué fue y en qué consistió la Segunda Guerra Fría.

Palabras clave: Unión Soviética, Segunda Guerra Fría, Tercer Mundo, Leonid Brézhnev, Afganistán, Reagan

Abstract

A further escalation of violence shook the world in the early 80s. The new president of the United States, Ronald Reagan, launched an aggressive policy against anything that had dyes Communists, degenerating a planetary conflict that was about to unleash on the third world war. In this new period of destabilization was called the Second Cold War. But, what is involved, and what purposes Globes, could he avoided? and most importantly, was the United States that triggered it?. This article will try to answer to these or other questions to understand the Second Cold War.

Key words: Soviet Union, Second Cold War, Third World, Leonid Brezhnev, Afghanistan, Reagan

1. Introducción

El 30 de diciembre de 1972 el presidente Richard Nixon ordenó suspender los bombardeos sobre Vietnam del Norte como medida previa a un alto el fuego. En enero se reanudaron las conversaciones con Hanoi iniciándose un proceso de paz que culminaría en Los

Acuerdos de París el 27 de enero de 1973.

La firma del tratado por parte de Washington no sólo tenía como finalidad acabar con la guerra y restaurar la paz en Vietnam, sino que también se buscaba reducir tensiones con Moscú y estrechar las relaciones entre ambas naciones. Sin embargo, el fin de la guerra y el escándalo Watergate acabaron con la carrera política

de Nixon, quien presentó su dimisión el 8 de agosto de 1974, dejando la puerta del entendimiento entreabierta. La política de buen entendimiento iniciada por Nixon fue continuada por su sucesor en la Casa Blanca, Gerald Ford. Este acercamiento entre Washington y Moscú se materializó en la firma del Acta de Helsinki en agosto de 1975 por el cual se garantizaba la inviolabilidad de las fronteras nacionales y el respeto para la integridad territorial, es decir, se reconocían por primera vez las incorporaciones territoriales de la Unión Soviética en el Este de Europa tras la Segunda Guerra Mundial.¹ Por otro lado, durante su administración se autorizó la revisión de las Regulaciones de Control sobre Activos Cubanos para establecer la política de aprobación de licencias y la realización del primer viaje de hombres de negocios estadounidenses a Cuba, así como la aprobación que permitía a los aviones de la compañía aérea Cubana sobrevolar territorio estadounidense en su ruta a Canadá y Europa. Dos años y medio después, Gerald Ford se presentó a las elecciones como candidato del Partido Republicano frente al candidato demócrata, Jimmy Carter, gobernador de Georgia. Con un margen muy estrecho entre ambos candidatos, los resultados electorales dieron como ganador a Jimmy Carter. ¿Qué actitud tomaría el nuevo

presidente? ¿Continuaría por la senda de sus predecesores?

Efectivamente, el gabinete Carter-Mondale continuó las políticas de "buena convivencia" con Moscú. Uno de sus primeros actos fue ordenar la retirada unilateral de todas las armas nucleares de Corea del Sur y anunció su intención de reducir el número de tropas estadounidenses estacionadas en ese país. En Sudamérica, la administración Carter dejó de dar apoyo al régimen de Somoza en Nicaragua, históricamente respaldado por Estados Unidos, y dio su ayuda al nuevo gobierno del Frente Sandinista de Liberación Nacional. Carter también fue conocido por sus críticas a los dictadores Alfredo Stroessner de Paraguay y Augusto Pinochet de Chile, fieles adalides de Washington. Además, prosiguió la política de Richard Nixon para normalizar las relaciones con la República Popular China e intentó reducir las tensiones entre Israel y Egipto con los Acuerdos de Camp David en 1978. A finales de 1979, el presidente Carter, que no contaba con muchos apoyos para una posible reelección, se hundió con el fracaso de la liberación de los rehenes de Irán. Aún así, se presentó en la elecciones de 1980 contra el candidato republicano, Ronald Reagan. Con el 50% de los votos, el partido republicano volvía a ocupar la Casa Blanca.

Será con la elección del nuevo presidente cuando la situación se precipite. Las tensiones entre ambas potencias no sólo se reanudaron, sino que se intensificaron a lo largo del planeta. ¿Qué había ocurrido? ¿Qué había cambiado en el panorama internacional? ¿Fue Reagan el culpable de iniciar una nueva escalada de tensión?

La escuela realista, representada por los sectores más conservadores de la sociedad norteamericana, defendió a Reagan y a su administración y culpó a la URSS de haber roto el pacto de buena convivencia con su intromisión y apoyo a las guerrillas de diferentes países del sudeste asiático, África y Latinoamérica y sobre todo por su intervención en Afganistán, que veían como una amenaza a la seguridad mundial. Los realista argumentaban que las actuaciones de la URSS en el Tercer Mundo sólo buscaban desestabilizar la paz y coartar la libertad de las nuevas naciones, a lo que Estados Unidos tuvo que responder con una política más dura y contundente para frenar el avance comunista. Por tanto, señalaban al Kremlin y a su cúpula política como los responsables de iniciar la Segunda Guerra Fría.

Frente a la escuela realista surgió, muy vinculada a la izquierda política, la escuela revisionista que *«interpretó la política soviética de forma más prudente y la política americana de*

manera más crítica».² Intelectuales, historiadores y analistas de renombre internacional, como el norteamericano Chomsky o el británico Halliday apuntaron hacia los Estados Unidos como la nación responsable del desencadenamiento de una nueva guerra fría a partir de 1980. Argumentaron que fueron las políticas iniciadas por el nuevo presidente, como el apoyo a las guerrillas contrarrevolucionarias en América Central y África, la puesta en práctica del DSI o los contactos con la China comunista, las que desestabilizaron el panorama internacional, provocando nuevas tensiones entre Washington y Moscú. Argumentaban que la guerra contra el comunismo por parte de los Estados Unidos enmascaraba unos intereses en mantener una guerra continua para fomentar la expansión del capitalismo asegurándose el acceso ilimitado a los mercados y recursos del mundo y conseguir aplastar los movimientos revolucionarios que amenazasen sus intereses.

¿Quién tenía razón? Aunque los enfrentamientos entre EE.UU. y la URSS se desarrollaron a lo largo del globo, en el presente artículo se ha optado por elegir los escenarios más determinantes y decisivos en el desarrollo de la Segunda Guerra Fría para dar una respuesta

coherente, justificada y razonada. Partiendo de la firma de los Acuerdos de París en 1973 y del final de la Guerra de Vietnam, se analizarán sus consecuencias en los países de la región y su repercusión en el contexto de la distensión. Del sudeste asiático saltaremos hasta África donde se abordarán las guerras civiles de Angola y Somalia, la primera por su importancia ideológica y la segunda por su valor estratégico. Como la pólvora, el conflicto se extendió hasta las mismísimas puertas del Tío Sam. En el caso de Sudamérica nos acercaremos al tema a través de los dos ejemplos más representativos de lo que significó la guerra fría en el continente americano, como fueron el caso de la dictadura de Pinochet en Chile y el triunfo de la revolución sandinista en Nicaragua. A lo largo de la década de los 70 a los Estados Unidos se le estaban abriendo demasiados frentes, pero el más peligroso vino de donde menos se esperaba: el mundo árabe. Para esta parte del artículo repasaremos la importancia estratégica y económica de Irán y las consecuencias que provocó la Revolución Islámica y se desarrollará en profundidad la intervención soviética en Afganistán y sus consecuencias en el futuro de las relaciones entre Washington y Moscú. Por último, se estudiarán las políticas llevadas a cabo por el presidente Ronald

Regan y que hechos determinaron que se pusiesen en marcha dichas políticas.

2. Finalización de la distensión y consolidación del comunismo en el sudeste asiático

A pesar de todo el apoyo militar que prestó Estados Unidos al gobierno de Saigón, la guerra de Vietnam no se estaba ganando. A la altura de 1971 la situación de las tropas norteamericanas en el sudeste asiático era insostenible. El gobierno de Hanoi, aconsejado por Moscú, aceptó iniciar negociaciones de paz con Washington, que se materializaron en la firma de Paz de París el 24 de enero de 1973. Después de casi una década de lucha se ponía término a la guerra de Vietnam. Desde la perspectiva de la Casa Blanca los Acuerdos de París debían tener como objetivo *finalizar la guerra y restaurar la paz en Vietnam*, pero sobre todo, evitar que Vietnam del Sur cayera bajo la influencia de Moscú. Para ello, los países firmantes se habían comprometido a *respetar el derecho a la autodeterminación del pueblo vietnamita del sur y establecer su futuro político a través de unas elecciones genuinamente libres y democráticas*.³ Sin embargo, el desgaste político, económico y militar que supuso la guerra de Vietnam para los Estados Unidos disipó su poder en la región, dejando sólo a su aliado, momento que fue

aprovechado por Hanoi, apoyado por el Kremlin, para iniciar una campaña militar contra su vecino del sur, que acabó con la ocupación de la capital, Saigón, el 30 de abril de 1975. La incorporación de todo el territorio bajo control de Hanoi, e indirectamente de Moscú, fortaleció al bloque comunista con la integración total en su seno de un nuevo miembro en un área de gran importancia estratégica, económica y militar. Hanoi instauró un gobierno Provisional Revolucionario que se mantuvo activo hasta julio de 1976, fecha en que oficialmente, Vietnam del Norte y del Sur se convertían en un único país: La República Socialista de Vietnam. El intento de Estados Unidos de mantener la independencia de Vietnam del Sur no fue posible.

No obstante, sí la unificación de Vietnam supuso un revés para los intereses norteamericanos en la región, el triunfo comunista en Camboya y Laos, hizo saltar las alarmas en la Casa Blanca. Unos pocos días antes de la derrota de las tropas sur-vietnamitas, las guerrillas de Pol Pot, financiadas por la China comunista, alcanzaban el poder, iniciando una dictadura brutal que acabaría con cientos de miles de personas asesinadas, encarceladas o exiliadas. Aunque Camboya se había alineado en el bloque comunista, los excesos del ejército revolucionario sobre la oposición ponían

en peligro su consolidación y la posibilidad de una intervención occidental en suelo camboyano. La situación se solventó cuando en diciembre de 1978 Moscú ordenó a Hanoi el envío de tropas a Camboya para restaurar la situación. En una rápida campaña los nortvietnamitas ocupaban el país, estableciendo un estado camboyano pro-vietnamita, conocido como la República Popular de Kampuchea (RPK), encabezado por el Jefe de Estado Heng Samrin. Por tanto, Camboya también caía bajo la influencia del Kremlin. Cuando occidente todavía se estaba reponiendo del sobresalto, Laos anunciaba que había tomado el camino del socialismo. Desde la retirada de las últimas tropas europeas en 1963, el gobierno de Vietnam del Norte había utilizado el territorio de Laos para lanzar sus ofensivas en la región y subvertir el poder del monarca Souvanna Phouma, iniciando una guerra civil entre partidarios y opositores. Como había ocurrido en Vietnam del Sur, la monarquía de Laos estuvo sostenida y apoyada por el gobierno norteamericano después de la retirada de las tropas francesas, mientras que las tropas rebeldes recibían apoyo militar de Hanoi, Moscú y China. Durante una década ambos bandos lucharon por hacerse con el poder hasta que ambas partes se sentaron para firmar los Acuerdos de

Paris. Washington tenía el mismo objetivo que en Vietnam: evitar la influencia de Moscú, estableciendo que *los países extranjeros deberán poner fin a todas las actividades militares en Camboya y Laos, retirarse totalmente y abstenerse a volver a introducir en estos dos países tropas, asesores militares, personal militar, armamento, municiones y material de guerra.*⁴ Sin embargo, no pudo impedirse lo inevitable. A finales de 1975 los marxistas del Partido Popular Revolucionario de Laos (PPRL) consiguieron que el rey Savang abdicase, aboliendo la monarquía y proclamando la República Democrática Popular de Laos. Inmediatamente, el gobierno de Hanoi abrió relaciones con la nueva República de Laos, llegando a concretarse en acuerdos directos entre los dos países, como el derecho a Vietnam a destinar fuerzas militares en territorio de Laos o a designar asesores para ayudar a supervisar el país.

De este modo, en toda Indochina, veinte años de intervención estadounidense terminaban con una amarga derrota y con el triunfo del comunismo.

3. Nuevo tablero: África (Angola y Somalia)

Aunque la propagación de las teorías marxistas en el sudeste asiático había sido todo un éxito para la causa, ésta no se limitó a un área geográfica determinada. Sí durante la etapa de Jruschov la política exterior soviética se había basado en la coexistencia pacífica con sus enemigos y a prudentes intervenciones en Latinoamérica (Cuba) y Europa (Hungría, Alemania), a partir de la designación de Leonid Brezhnev como Primer Secretario del PCUS las intervenciones en el exterior se harían más intensas y extensas, siendo su principal escenario África.

Tras el período de descolonización, por el cual la mayoría de los países africanos alcanzaron su independencia, tanto la URSS como los EE. UU vieron la oportunidad de ampliar sus respectivas áreas de influencias a través de un control político o económico de los nuevos estados africanos. La posibilidad de acceder a los recursos naturales de las nuevas naciones para continuar su lucha contra el comunismo internacional ya planeaba sobre Washington en la década de los 60. Existe un informe gubernamental fechado en 1963 que declaraba: *Consideramos que África es probablemente el mayor campo de maniobras abierto en la competencia mundial entre el bloque comunista y el mundo no comunista. (...) proponemos encaminar nuestros esfuerzos a favorecer a los líderes dinámicos y progresistas*

*que sean razonablemente amistosos.*⁵ También los soviéticos habían puesto sus miras en territorio africano con el objetivo de reforzar sus posiciones en la zona del Próximo Oriente, incluyendo Egipto y el Cuerno de África, el acceso al Mar Rojo desde el Mediterráneo, la comunicación con la flota del Índico y la realización de operaciones comerciales para la obtención de materias primas.

En este nuevo escenario Moscú llevaba ventaja frente a Washington ya que durante la década de los 60 el propio Jruschov había mantenido relaciones con diversos países como Guinea, Ghana, Malí o Congo, como justificación ideológica en su lucha contra el imperialismo, asentando las bases para una futura proyección en el continente. El Kremlin utilizó la misma estrategia que se había planteado desde el bloque occidental, a saber, el apoyo a los nuevos líderes como un medio para garantizarse el acceso a los recursos naturales de la región. La primera prueba la realizó en suelo angolés.

Angola había estado bajo tutela portuguesa desde el siglo XIV y las ganancias que se obtenían de la explotación de sus recursos naturales, como diamantes o café, quedaban en manos de intermediarios portugueses, mientras la población vivía en la miseria. La influencia de la metrópoli disminuía

proporcionalmente a medida que aumentaba el descontento social. A la altura de 1950, como consecuencia del sentimiento de independencia que había surgido a partir de la II Guerra Mundial entre las colonias europeas, aparecieron grupos independentistas que lucharon por liberarse del yugo colonial. El más importante fue el Movimiento Popular para la Liberación de Angola (MPLA) fundado en 1956 por el médico Antonio Agostinho Neto, quien se había educado en las universidades de Coimbra y Lisboa. El MPLA se encargará de organizar y dirigir la lucha armada contra el colonialismo portugués. Las primeras acciones del MPLA se limitaron a pequeñas emboscadas al ejército o atentados contra edificios e instalaciones gubernamentales, pero sin conseguir doblegar al gobierno. Sin embargo, su suerte cambió en 1974 cuando una insurrección del Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA) derrocó en Portugal al régimen dictatorial de Oliveira Salazar y Marcelo Caetano. Inmediatamente, el MFA reconoció expresamente el derecho de los pueblos de las colonias africanas a su autodeterminación e independencia e invitó al MPLA, FNLA y la UNITA a formar, junto con Portugal, un gobierno de transición.⁶ Las tres partes, representadas por Holden Roberto,

Agostinho Neto y Jonás Savimbi, se reunieron en Bukavu (Zaire, actual República Democrática del Congo) en julio de 1975 y acordaron negociar con el Gobierno de Portugal una salida política. La nueva administración fue establecida por el Tratado de Alvor. No obstante, los acuerdos no llegaron a aplicarse debido a las irreconciliables diferencias políticas e ideológicas entre las tres agrupaciones, lo que precipitó la situación.

La participación en el gobierno de Agostinho Neto, protegido de La Habana y Moscú, no gustaba en la Casa Blanca, por lo que se decidió acabar con él. Para no repetir el fracaso de Vietnam se desautorizó el envío de tropas a suelo africano y se optó por financiar a la UNITA para contraatacar al MPLA, iniciándose una guerra civil de consecuencias catastróficas. Además, la CIA pagó al gobierno de Zaire para que invadiera Angola por el norte y al sudafricano para que atacara por el sur. Ante el avance de las tropas occidentales, Neto decidió acelerar el proceso y el 11 de noviembre de 1975 proclamó la independencia de Angola, autoproclamándose presidente. La maniobra espolé a sus enemigos que continuaron con los ataques contra el nuevo régimen. Para evitar que Angola cayera bajo la influencia norteamericana se autorizó el envío de un contingente de

soldados cubanos. La participación cubana fue decisiva para repeler la agresión y consolidar el gobierno de Neto. El gobierno norteamericano continuó con la ofensiva pero la resolución de la ONU de 1976 que reconocía al gobierno como legítima representación de Angola, acabó con todas sus esperanzas. La guerra de Angola supuso otra derrota para el bloque occidental.

El enfrentamiento entre ambas potencias en suelo angolés se reprodujo en la otra costa del continente pero esta vez por distintas causas. Si la intervención soviética en Angola había tenido un cariz ideológico, es decir, el apoyo a un gobierno de corte marxista pero cuyo país no tenía ninguna importancia estratégica, la guerra en el Cuerno de África tenía una motivación económica. Conseguir el acceso ilimitado a los recursos de la región y tener el control de la zona eran primordiales para la URSS. Ese fue el caso de Etiopía.

A lo largo de la década de los 70 el país había vivido una serie de revueltas y una horrenda hambruna que trajeron consigo la deposición del emperador Haile Selassie en 1974 y la toma del poder por parte del teniente coronel Mengistu Haile Mariam. Mengistu, que era simpatizante del Movimiento Nacionalista Negro de los Estados Unidos y que había bebido de

la filosofía estalinista, decidió proclamar al país como una república socialista. El anuncio fue bien recibido en Moscú y un mes después ya llegaban los primeros asesores militares para ayudar al nuevo gobierno. A Etiopía se había sumado anteriormente su vecina Somalia, que se había declarado estado socialista en octubre del 69 bajo el gobierno del general Mohamed Siad Barre, quedando bajo control soviético el Cuerno de África.

Sin embargo, las relaciones entre ambos países no eran del todo amistosas debido a conflictos ancestrales que se habían enquistado durante décadas. Cuando en 1974 el presidente de Somalia, Siad, puso en marcha sus planes para crear la "Gran Somalia", que incluiría territorios de Djibouti, Kenia y la provincia etíope de Ogaden, poblada por mayoría de somalíes, estalló el polvorín. Ante la posibilidad de un conflicto abierto entre dos países amigos, el 16 de abril de 1977 Fidel Castro se reunió en Aden (Yemen) con Barre y Mengistu para conseguir un acuerdo de ambas partes. La intermediación de La Habana no evitó que los choques fronterizos se multiplicaran. Apenas dos meses después de la reunión las fuerzas regulares somalíes invadían abiertamente Etiopía, contradiciendo la teoría marxista-leninista. El gobierno etíope movilizó al

ejército pero la superioridad somalí en equipamiento y preparación decantó la balanza a su favor. La agresión fue duramente criticada desde La Habana y Moscú, pero Barre, ignorando las advertencias, rompió relaciones con ambos y expulsó a los asesores del país. La ruptura limitó al gobierno somalí la obtención de material bélico para continuar la guerra por lo que inició conversaciones con EE. UU, Egipto, Arabia Saudita, Irak y Siria.

La URSS se encontraba en una disyuntiva: si Estados Unidos daba su apoyo militar a Somalia la pérdida de Etiopía era casi segura y eso era intolerable para Moscú, pero si mandaba a su ejército al tercer mundo podría desencadenar la tercera guerra mundial. Desde el Kremlin se optó por la receta vietnamita: luchar por mediación de sus aliados. Moscú ordenó a La Habana el envío de unos 10.000 efectivos para ayudar a Etiopía. A primeros de marzo de 1978, en una operación relámpago, las tropas cubano-somalíes conseguían liberar el poblado de Gode, el primero en caer en manos somalíes, completándose la limpieza de Ogaden.

El apoyo de Washington al gobierno somalí fue insuficiente para ganar la guerra mientras que Etiopía contó con soldados profesionales cubanos que permitieron conservar Etiopía dentro del

campo socialista. La intervención norteamericana en el continente africano fue de fracaso en fracaso debido a la falta de relaciones anteriores y a un desconocimiento total de la situación política y social africana. La partida volvió a ser ganada por la URSS.

4. Una de cal y otra de arena. Latinoamérica

Es evidente que la política norteamericana en Indochina y África no dio los resultados esperados por la Casa Blanca y el Pentágono, pero en Latinoamérica el panorama era muy distinto. El fracaso de Bahía Cochinos y el triunfo de la revolución cubana inyectaron el miedo en la sociedad norteamericana ante una posible expansión del comunismo hacia el continente. Desde el Pentágono se demandaba una política más contundente respecto a Latinoamérica y el Caribe para erradicar cualquier conato de comunismo, aunque ésta se basara en el apoyo a los dictadores más sangrientos en detrimento de un sistema democrático. En este sentido, el ejemplo más característico fue Chile.

A lo largo de la década de los 60 el país vivía una desastrosa situación económica. Las medidas establecidas por los presidentes Alessandri y Frei no habían conseguido enderezar la situación

perdiendo el apoyo de los sectores más populares de la sociedad que dieron su voto a la oposición. Ésta situación fue aprovechada por la izquierda chilena, que bajo el concepto de "*vía chilena al socialismo*", fundó la Unidad Popular como alternativa al gobierno de Frei, eligiendo como candidato a las elecciones de 1970 a Salvador Allende, quien ganaría por un margen muy pequeño. El triunfo de Allende fue recibido con frialdad en Washington. Su programa de corte socialista no gustaba al presidente Nixon ni a sus asesores, pero dejaron hacer. Sin embargo, las primeras medidas aprobadas por el gobierno basadas en la nacionalización de los monopolios, el control de los precios por parte del Estado o la reapertura de las relaciones diplomáticas, consulares, comerciales y culturales con Cuba, interrumpidas por el anterior presidente, consiguieron enfurecer a la Casa Blanca, que comenzó a apoyar a los sectores más derechistas del país, representados por el Ejército, para acabar con Allende y su política comunista.

Mientras la oposición se organizaba, en julio de 1971 el presidente decidió nacionalizar el cobre completamente, al mismo tiempo que se nacionalizaban la industria del carbón, las minas de hierro y de nitratos, la industria textil, etc. Puso en marcha un programa que incluía medidas

para contrarrestar las desigualdades económicas, la congelación de los precios y los alquileres y el aumento de salarios y pensiones. Además, se aprobaron planes de construcción de viviendas, escuelas y hospitales que estaban transformando la calidad de vida de los ciudadanos. La oposición, que veía peligrar su posición, atacó al gobierno a través de la prensa y la televisión, mientras buscaba acrecentar el descontento de la población para capitalizarlos electoralmente y lograr una mayoría de dos tercios en el Parlamento para destituir al Presidente.

No obstante, la propaganda no dio los resultados esperados. Las elecciones de marzo de 1973 dieron como ganador a la Unidad Popular con el 43,4% de los votos, lo que suponía un aumento respecto a las elecciones de 1970. Esta victoria electoral marcó el principio del fin del gobierno de Salvador Allende. Asegurada otra legislatura, el Presidente puso en marcha su proyecto más ambicioso: la democratización de la enseñanza. Con ello se pretendía ofrecer una igualdad de oportunidades en la incorporación y permanencia en el sistema escolar de la población más humilde y permitir el desarrollo de las capacidades humanas y de integración social de todas las capas sociales del país. La reforma fue duramente criticada por la oposición quien lanzó a sus acólitos a las

calles provocando enfrentamientos entre manifestantes y policía. Pero lo más peligroso para el Gobierno era la actitud del Ejército quien también se había pronunciado en contra de la reforma educativa. Como los enfrentamientos entre partidarios y detractores iban en aumento, Allende optó por buscar un pacto con la Democracia Cristiana para evitar el enfrentamiento armado, mientras, que por otro lado, trató de poner en marcha un programa para restituir las fábricas expropiadas, al que los obreros se negaron. La división en la Unidad Popular era visible. La estrategia de desgaste estaba dando sus frutos. La CIA dio una vuelta de tuerca y concedió más dinero y armas a los grupos de la extrema derecha para provocar y promover disturbios en las principales ciudades del país. Durante el verano del 73 llegaron a perpetrar hasta 250 atentados, entre ellos el asesinato del asesor militar de Allende. A la altura de septiembre la situación para el gobierno era insostenible, pero todavía se resistía en mantener el orden y perpetuar la democracia en Chile. Como la desestabilización política no había conseguido que Allende dimitiera, se pasó al plan B. En la madrugada del 11 de septiembre de 1973 se informó al presidente que la infantería de marina había tomado posiciones en las calles de

la ciudad. En un comunicado de radio, el Ejército, instó a Allende a hacer entrega inmediata de su cargo a la Junta de Gobierno, integrada por los jefes supremos de las Fuerzas Armadas el Ejército. El líder de Unidad Popular y presidente legítimo del gobierno chileno, rehusó la oferta de abandonar su puesto y permaneció en el Palacio Presidencial. Las tropas rodearon "La Moneda" mientras la aviación rebelde bombardeaba el palacio en el que murió el presidente y el sueño chileno. La democracia chilena desaparecía para dar paso a una dictadura unipersonal de corte anticomunista. Chile supuso un modelo para la política norteamericana en todo el territorio más allá de Río Bravo.

Aunque la política de apoyo financiero y militar a regímenes autoritarios que evitaran la influencia comunista en sus respectivos países a través de la desarticulación de cualquier tipo de movimiento político o social había funcionado en los años 60, a finales de 1970 el contexto en Latinoamérica era muy diferente. La derrota en Vietnam había noqueado el poderío norteamericano, momento que aprovechó el Kremlin para financiar subrepticamente a las guerrillas comunistas de Colombia, Perú y Nicaragua. Este apoyo dio sus frutos cuando en julio de 1979 el Frente

Sandinista de Liberación Nacional tomó el poder en Nicaragua, estableciendo un gobierno comunista en el mismísimo «patio trasero» de los Estados Unidos. La dinastía de los Somoza había controlado el país desde 1936, primero a través de Anastasio Somoza y posteriormente de sus hijos, Luis y Anastasio. La familia Somoza fue consentida y tolerada por Washington por ser considerada un sólido pilar de fuerza pro-norteamericana y anticomunista en un área sujeta a todo tipo de problemas. La relativa estabilidad política se vino a abajo con la muerte de Anastasio. Sus hijos se dedicaron a acumular mayores riquezas y a empobrecer a la población, lo que provocó que en 1962 el profesor Carlos Fonseca, junto al escritor Tomás Borge y Silvio Mayorga, fundara el Frente Sandinista de Liberación Nacional (F.S.L.N.). La creación del Frente Sandinista tenía como objetivo continuar la acción guerrillera emprendida por Sandino en los años 30 contra la dictadura de Somoza. Aunque el movimiento había conseguido apoyo de una parte de la población todavía era insuficiente para iniciar la toma del poder, limitando sus acciones a pequeñas emboscadas al ejército y secuestros de cargos políticos. Sin embargo, un desastre natural cambiará su suerte.

El 23 de diciembre de 1972 se produjo un terremoto de 6,2 grados en la escala de Richter que sacudió todo el país, causando centenares de muertos y la devastación de la capital, Managua. El gobierno decretó la ley marcial y nombró al Jefe director de la Guardia Nacional, Anastasio Somoza Debayle (Tacho), como jefe del Comité Nacional de Emergencia. En lugar de ayudar a la población la Guardia Nacional se dedicó a saquear amplias regiones del país, mientras el propio dictador se embolsaba buena parte de la ayuda internacional ofrecida para paliar la catástrofe. La mala imagen del gobierno y de la guardia provocó un acercamiento del F.S.L.N. a amplios sectores de la población. Ante la posibilidad de un conato revolucionario, a partir de 1975, el embajador norteamericano en Nicaragua presionó a Somoza para que restaurara en alguna medida las instituciones políticas a través del diálogo con la oposición y la convocatoria de elecciones libres. En su despotismo el dictador hizo caso omiso a las sugerencias de Washington. Como había ocurrido anteriormente en República Dominicana, se optó por acelerar la destitución del dictador, apoyando a los sectores más moderados como medida para evitar un vacío de poder que fuese aprovechado por los elementos más radicales de la revolución.

Ante las presiones, finalmente Somoza abandonó el país el 17 de julio de 1979, siendo elegido nuevo presidente Francisco Urcuyo Maliaños. El plan de Estados Unidos estaba funcionando. Urcuyo declaró que se mantendría en el poder hasta 1981, completando así el período presidencial que le hubiese correspondido al general Somoza. Para la Casa Blanca era la mejor opción para continuar con el control del país y refrenar las ansias de poder de la izquierda revolucionaria. Para la izquierda era perpetuar la dictadura pero con un lavado de cara. La Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional movió sus hilos y consiguió el apoyo de los cancilleres del Pacto Andino (Ecuador, Venezuela y Perú) reunidos en San José, Costa Rica. En la mañana del 18 de julio de 1979, los cinco miembros de la Junta se reunieron en León, proclamándola como nueva capital provisional. Inmediatamente se eligió como presidente a Daniel Ortega Saavedra, quien fue reconocido por la comunidad internacional sin que Estados Unidos pudiese hacer nada. El presidente Urcuyo al rehusar negociar con la oposición, con el tiempo, la forzó a aliarse con los sandinistas, haciendo inevitable su caída. El triunfo de la Junta había puesto en entredicho las políticas norteamericanas con respecto a Latinoamérica.

5. Se extiende el conflicto: Irán y Afganistán

En su carrera armamentística ambas potencias necesitaban poder acceder fácilmente a los recursos naturales para seguir engrasando su industria bélica. Entre esos recursos tan preciados estaba el petróleo. Estados Unidos nutría su industria bélica gracias al oro negro procedente de Arabia Saudita, Irak o Irán, mientras que Moscú se limitaba a sus propios recursos o a los de sus repúblicas. Sin embargo, el periodo expansionista que vivió la URSS a lo largo de la década de los 70 demandó más recursos de los que podía acceder para continuar la estela de los Estados Unidos. Con ese objetivo, Moscú había puesto sus miras en la región de Oriente Medio. En este enorme tablero, Irán era una pieza codiciada, ya que aunaba en sí dos condiciones significativas: una situación geoestratégica envidiable y ser el segundo productor de petróleo de la zona después de Arabia Saudita. Quien contara con la preferencia de Irán, controlaría una zona vital para la economía mundial, pudiendo ampliar su esfera de poder mediante el control político que el dominio económico confiere. Irán posee además el control del estrecho de Ormuz, el cual conecta el Golfo Pérsico con el de Omán, factor que lo hace poseedor de la única ruta por

la que el crudo producido en la zona puede llegar al Mediterráneo Oriental y al Océano Pacífico con el fin de abastecer a los distintos mercados mundiales. En pocas palabras, el control de la región por parte de la URSS pondría contra las cuerdas a Occidente, el cual dependía del acceso libre al crudo de la región.

La URSS tenía un hueso duro de roer. Desde la década de los 50 británicos y norteamericanos habían controlado la política del país y el acceso a sus recursos petrolíferos a través del apoyo a la familia real iraní. Durante una década el grifo del petróleo estuvo abierto para las naciones occidentales mientras que al país llegaban productos manufacturados y armamento. El monarca, imbuido por los valores democráticos europeos puso en marcha en 1963 un programa que llamó «*La Revolución Blanca*»⁷ y que tenía como fin llevar a cabo una serie de reformas en el país para modernizarlo y democratizarlo. En el programa se incluían la reforma agraria, la nacionalización de los bosques, la participación de los empleados en los beneficios de las empresas, el derecho de voto para las mujeres, etc.

Sin embargo, en los años siguientes, las dificultades económicas provocadas por la descendiente demanda de la producción petrolífera provocaron que muchas de las reformas quedasen a medias o ni siquiera se pusiesen en

marcha. La inflación internacional hizo subir el coste de los productos importados mientras que el precio del petróleo permaneció estable encareciendo la vida de los ciudadanos. El malestar contra la Monarquía se extendió a amplios sectores de la población. Los sectores religiosos más intransigentes y fanáticos fueron los más combativos contra el monarca, al que acusaban de haber introducido modas y formas de vida occidentales, las cuales habían producido un cambio en la sociedad iraní que resultaba intolerable. Ese odio hacia lo occidental fue canalizado por el Ayatollah Jomeini quien supo dirigirlo y encauzarlo contra el Sha. En enero de 1979, aprovechando que el Sha se encontraba en el extranjero, Jomeini lanzó a sus seguidores contra el gobierno del socialdemócrata Shapour Bakhtiar. Día tras día las calles se llenaban de manifestantes sin que la policía pudiera detenerlos. Las protestas acabaron con el gobierno de Bakhtiar apenas diez días después de haber sido elegido. El 1º de febrero de 1979 Jomeini regresó de su exilio en medio de enormes manifestaciones de apoyo y el 1º de abril, tras una abrumadora victoria en un referéndum, Jomeini proclamó la República Islámica. El triunfo de la Revolución Islámica significó la pérdida por parte de EE. UU del fiel vigilante de

sus intereses en la zona, siendo reemplazado por un país con un gobierno totalmente nuevo. A partir de ahora, la influencia que podría ejercer Moscú sobre Teherán sería muy peligrosa para los intereses norteamericanos en la región.

Sin embargo, el incidente de Irán quedó ensombrecido por otro acontecimiento más significativo. En la víspera de Navidad de 1979 Moscú daba la orden al Estado Mayor del Ejército para iniciar la operación más arriesgada desde la Segunda Guerra Mundial: la invasión de Afganistán. Por un momento el mundo entero mantuvo la respiración. El envío de tropas soviéticas constituía una ruptura en su *modus operandi* en operaciones en suelo extranjero. Hasta la fecha la URSS se había caracterizado por llevar a cabo sus intervenciones en el Tercer Mundo por medio de otros estados comunistas, como Cuba en el caso africano o Vietnam en el sudeste asiático, pero nunca con su propio ejército. ¿A qué se debió éste cambio? ¿Preveía Moscú un enfrentamiento directo con Estados Unidos? ¿O quizás sólo era una demostración de su poder? La explicación más plausible sería su interés geoestratégico, ya que Afganistán era una región de paso hacia la India y el control del océano Índico. Su pérdida supondría una gran derrota para el bloque comunista.

Aunque fue la URSS el primer gobierno que reconoció la independencia de Afganistán, las relaciones entre ambos países apenas fueron relevantes. Lo mismo le ocurría a Estados Unidos. Sin embargo, desde el final de la II Guerra Mundial y con el inicio de la Guerra Fría, el país pasó a ser una pieza clave en el nuevo enfrentamiento. Quizás los antiguos lazos con la metrópoli británica podrían haber ocasionado que Kabul acabara alineado en el bloque occidental, pero las disputas territoriales con Pakistán y el papel clave que jugaban los pakistaníes en el sistema de alianzas de Estados Unidos, llevaron inevitablemente al gobierno afgano a perder su confianza y a decantarse por la URSS. Circunscrita al área de influencia soviética, Moscú acudió en ayuda del gobierno afgano a través de préstamos económicos y ayuda militar. En la década de los 60 la amistad entre ambos gobiernos se truncó cuando el Primer Ministro Mohammed Daud cayó en desgracia, siendo destituido por el monarca. Ante el peligro de un golpe de estado el monarca Zahir promulgó una constitución que convertía al país en una democracia parlamentaria y ponía en marcha un nuevo programa político que incluía la redistribución de tierras, la mejora del estatuto de la mujer, la autorización de grupos políticos, etc., pero todas ellas fueron rechazadas por los

jefes religiosos y los propietarios de bienes raíces, quedando el programa en papel mojado. Los problemas se complicaron como consecuencia de las sequías que se produjeron a lo largo de 1970-71, aumentando el descontento de amplios sectores de la población. Como la reputación de la monarquía se tambaleaba, en julio de 1973 el ex-primer ministro, Mohammed Daud, dio un golpe de estado mientras el rey se encontraba en Italia recibiendo tratamiento médico.

Pese a las expectativas de Moscú de encontrar un aliado en el Partido Democrático Popular de Afganistán (PDPA) éstas no se cumplieron. El gobierno de Daud no sólo no se decantó por el bloque comunista sino que además realizó una serie de maniobras que no gustaron al Kremlin, como la reconciliación con el primer ministro pakistaní o el inicio de una apertura hacia Pekín. La situación se desbordó en abril de 1978 cuando agentes del régimen asesinaban al dirigente comunista, Mir Akbar Kaibar. Al asesinato de Kaibar se sumó la detención de varios opositores y la apertura de conversaciones con Washington. Moscú no podía permitir que Afganistán cayera bajo la influencia de los Estados Unidos. Desde el Kremlin se dio la orden de eliminar a Daud. La noche del 27 de abril unidades militares irrumpieron en el palacio presidencial

asesinando a Daud y nombrando como nuevo Jefe de Gobierno a Taraki. Las conversaciones iniciadas entre Kabul y Washington habían puesto tan nervioso a Moscú que a partir de ese momento se establecería desde el *Politburó* quién debía gobernar y quién no como medida preventiva para asegurar el control del país. Sin embargo, la presencia del partido comunista afgano en el gobierno central no garantizó la estabilidad política y la paz social, ya que se trataba de un partido que contaba con un escaso apoyo popular, estaba dividido en dos facciones enfrentadas entre sí y no contaba con los recursos necesarios para enfrentarse al fundamentalismo islámico que iba ganando fuerza entre los afganos. Taraki y su adjunto Amin trabajaron juntos tratando de imponer un programa secular, colectivista, centralizador y modernizador para Afganistán, pero los Muhllas y los Khanes de las tribus procedieron a declarar la “Yihad” al gobierno de comunistas infieles, haciendo imposible su realización. La insurrección se propagó por el país. A Moscú llegaban noticias que aseguraban que grupos de saboteadores y terroristas, entrenadas y armadas con la ayuda de China, Estados Unidos e Irán, se habían infiltrado en el país por la frontera de Pakistán. Ante el miedo de ser atacados, a su regreso de la Conferencia del Movimiento de Países

No Alineados en La Habana, Taraki hizo una breve parada en Moscú, donde conversó con Leonid Brézhnev. En la reunión, el presidente afgano solicitó el envío de tropas soviéticas para proteger al país ante un inminente ataque de los Estados Unidos, pero sólo recibió negativas. Desde el Partido se defendía que *el despliegue de nuestras fuerzas en el territorio de Afganistán provocaría la reacción inmediata de la comunidad internacional y acarrearía unas consecuencias sumamente negativas y procedentes de multitud de flancos.*⁸ Moscú no estaba dispuesto a enviar tropas a suelo afgano y aconsejó a Taraki la eliminación de todos los sospechosos, empezando por Amin. El Kremlin, a través de la KGB y la Embajada Soviética en Kabul, preparó un plan meticuloso que debía ser puesto en marcha al regreso de Taraki a la capital. Sin embargo, Amín se había enterado del plan y preparó otro para detener al presidente. Al día siguiente de su regreso Taraki era arrestado y asesinado. Amín inició una campaña de difamación del anterior presidente y desacreditó las teorías marxistas.

La situación se le escapaba de las manos a Moscú. La pérdida de Afganistán podría ser aprovechada por Occidente para establecer las bases militares de la OTAN en el país. Había que deshacerse de Amin y sustituirlo por un gobernante más

fiable, más cercano a los intereses e inquietudes de los soviéticos. Para asegurar el país se hizo necesaria la intervención directa del Ejército Rojo. La frontera de Afganistán fue cruzada por las fuerzas soviéticas a las 15:00 horas de Moscú (16:30 horas de Kabul) del 25 de diciembre de 1979. Mientras el grueso de las tropas se dirigía hacia la capital, los Spetsnaz⁹ tomaban el palacio presidencial y mataban a Amin. Dos días después se nombraba al miembro fundador del marxista-leninista Partido Democrático Popular de Afganistán, Babrak Karmal, como nuevo presidente de Afganistán. De esta forma, Moscú garantizaba la continuidad de un régimen comunista bajo su esfera de influencia y el control de las rutas hacia las zonas petroleras del Medio Oriente y los mares calientes.

6. La era Reagan. El contraataque americano

A la altura de 1980, Washington se encontraba con un panorama muy desfavorable. Tras la pérdida de Vietnam, el comunismo se había extendido a sus vecinos, quedando bajo control soviético toda Indochina; varios países africanos habían adoptado gobiernos socialistas, como Etiopía, Mozambique, Guinea, Congo, Angola, Etiopía; en Nicaragua había triunfado la revolución sandinista; el Sha de Irán, aliado de Estados Unidos,

había caído como consecuencia de una revolución islamista y por último, las tropas soviéticas invadían Afganistán. *Si la invasión soviética de Afganistán contribuyó a precipitar la Segunda Guerra Fría, la victoria electoral de Ronald Reagan abundó el ambiente de crisis.*¹⁰

Aunque durante la administración Carter se había producido un aumento en el gasto militar éste se había visto insuficiente para frenar el avance comunista en Asia y África. Desde la derecha norteamericana se demandaba una política más agresiva frente a Moscú dando su apoyo al candidato del Partido Republicano, quien ganaría en las elecciones de 1980 con el 51% de los votos. El nuevo presidente era un anticomunista convencido y estaba dispuesto a tomar las medidas que fueran necesarias para acabar con la peste roja. El único lenguaje claro frente a Moscú era la fuerza. Como aseguraba el historiador Paul Kennedy *si la administración Carter había iniciado su mandato con una serie de recetas sencillas para un mundo complejo, las de su sucesor fueron menos sencillas, pero sí drásticamente diferentes.*¹¹ Los derechos humanos, defendidos por Carter, desaparecieron del orden del día y se intensificó el apoyo a gobiernos autoritarios, así como a las guerrillas anti-revolucionarias, volviendo a los planteamientos de los años 40 y 50.

La administración Reagan organizó su estrategia de defensa contra Moscú en tres frentes:

♦ **Europa:** Los conflictos internacionales que se habían desarrollado durante los años 60 había obligado a EE.UU. a poner sus miras fuera de Europa, dejando a su aliado abandonado temporalmente. Este distanciamiento fue aprovechado por Moscú para afianzar su poderío en la Europa del Este y neutralizar cualquier movimiento social en su área de influencia mediante el despliegue de nuevos misiles nucleares en la Europa central y oriental. En caso de conflicto directo Moscú podría golpear las principales ciudades europeas. Como respuesta a esta agresión, la Casa Blanca aseguró que acudiría en ayuda de Europa con el despliegue de 572 misiles de alcance intermedio (*Pershing* y *Cruise*) en Gran Bretaña, Bélgica, Holanda, Italia y la RFA. Además, en el verano de 1981, una flota aliada combinada de 83 naves transitó por el territorio de Groenlandia, Islandia y Reino Unido como medida de presión frente al despliegue de misiles soviéticos.

♦ **Latinoamérica:** La Segunda Guerra Fría promoverá en América Latina una nueva relación de fuerzas *en que el Estado y la sociedad civil pierden su centralidad en las*

*decisiones políticas locales, dando origen a una nueva forma de Estado o de relación estatal.*¹²

La determinación de los Estados Unidos por recuperar la iniciativa frente a Moscú se materializó en el apoyo a regímenes autoritarios o militares como los de Guatemala, país en el que los gobiernos de Romero Lucas, Ríos Montt y Mejía Víctores utilizaron la excusa de una «amenaza comunista» para acabar con todos los movimientos sociales e indígenas. A Guatemala se sumó El Salvador, con cuya intervención se perseguían tres objetivos: impedir una victoria militar del FMLN; evitar el derrumbe de la economía salvadoreña, muy afectada por las acciones de sabotaje de la guerrilla y transformar el sistema político de un autoritarismo militar a una democracia liberal al estilo de EE. UU. También recibieron apoyo y financiación los gobiernos militares del General Videla en Argentina, el General Alfredo Stroessner en Paraguay, el General Luís García Meza en Bolivia o los gobiernos del general Juan Alberto Melgar Castro (1975-1978) y el General Policarpo Paz García (1978-1982) en Honduras. El apoyo de Estados Unidos a regímenes militares en Latinoamérica fue la tónica durante la era Reagan.

♦ **El resto del planeta:** La estrategia a seguir se basó en debilitar y desorganizar

los nuevos estados socialistas a través del incremento del descontento popular interno, disminuyendo cualquier atractivo que pudiesen tener para otros países en su entorno; alentar a las fuerzas contrarrevolucionarias con la intención de expulsar a los gobernantes e instaurar un gobierno más favorable a Estados Unidos; ejercer presión sobre los estados socialistas para reducir sus vínculos con la Unión Soviética, dejando paso a una influencia occidental. Pequeñas repúblicas que carecían de interés económico o geográfico en décadas anteriores, en los años 80 adquirieron una dimensión mundial, como fue el caso de la isla de Granada, gobernada por el carismático y popular líder de izquierdas Maurice Bishop desde 1979. El socialismo de Bishop y su cooperación con la Cuba de Fidel no fueron bien recibidos por las naciones conservadoras de la zona. Reagan aprovechó la ocasión. El Pentágono, junto con fuerzas militares de otras seis naciones del Caribe puso en marcha la *Operación Furia Urgente*.¹³ Mientras los militares se preparaban para asaltar la isla, se promovió un golpe de estado que acabó con la ejecución de Bishop el 19 de octubre de 1983. Seis días más tarde desembarcaban los soldados capturando a los líderes de la revolución y a sus consejeros cubanos, acabando con el sueño granadino.

A las operaciones ofensivas se sumó la estrategia defensiva. La posibilidad de un ataque nuclear en suelo norteamericano debía ser evitado a toda costa. El primer plan fue presentado por el secretario de Defensa, Caspar Weinberger, quien elaboró un esquema defensivo que descansaría en una "triada": una cantidad sustantiva de armas nucleares repartidas entre bombarderos supersónicos, una nueva generación de submarinos y los misiles en silos instalados en tierra. Además, se incrementó el dispositivo bélico en los países miembros de la OTAN, quienes debían albergar misiles Pershing II y Cruise5. Al plan Weinberger se sumó el proyecto más ambicioso del presidente, que se presentó oficialmente con el nombre de *Iniciativa de Defensa Estratégica* (DSI) el 23 de marzo de 1983, y que pronto pasó a ser conocido popularmente como la «*Guerra de las Galaxias*». Este sistema consistía en una compleja red de estaciones espaciales y satélites dotados con rayos láser, cañones de raíles electromagnéticos y cabezas buscadoras de energía cinética que serían utilizados para destruir los misiles enemigos mientras se desplazasen por el espacio exterior. Este proyecto marcó el inicio de la última fase de la Segunda Guerra fría. El desgaste económico de la URSS estaba pasando factura al régimen.

El Estado estaba endeudando; la agricultura, por razones estructurales seguía siendo un desastre; el PIB se había desplomado en 1985; la falta de construcción de viviendas paralizó el sector de la construcción, etc. A esto se sumó la muerte de Brezhnev. Tras el breve gobierno de Chernenko, que murió el 10 de marzo de 1985, el sector modernizador logró el nombramiento de Mijaíl Serguéievich Gorbachov, de 54 años. Gorbachov, ante el evidente deterioro de la influencia soviética en el mundo, decidió llevar a cabo una serie de reformas en varios frentes con el fin de recuperar el prestigio y la iniciativa soviética en las relaciones internacionales. Presentó en el XXVII Congreso del PCUS una nueva línea política, que se denominó como *Novy Myshlenie* (Nuevo pensamiento político). Con la puesta en práctica de la Perestroika se daba por terminada la Segunda Guerra Fría y unos años después se producía la desintegración de la Unión Soviética.

7. Conclusiones

El argumento que esgrimió la izquierda sobre que los Estados Unidos estaban interesados en mantener una guerra continua para fomentar la expansión del capitalismo asegurándose el acceso ilimitado a los mercados y recursos del mundo y resuelto a aplastar a los

movimientos revolucionarios que amenazasen su interés no se mantiene. No se puede negar que las políticas implantadas por el nuevo presidente, Ronald Reagan, enturbiaron las relaciones con la URSS, pero éstas no fueron las que provocaron el inicio de una nueva escalada de tensión. Al analizar los hechos acaecidos a partir de 1970 desde una nueva perspectiva, podemos comprobar que las reservas norteamericanas frente a la Unión Soviética tenían una base real y no sólo un interés político o propagandístico. La derrota de EE. UU en la guerra de Vietnam y la falta de proyección internacional durante las presidencias de Ford y Carter, fue aprovechado por Moscú para iniciar el mayor período de expansión de la historia del comunismo. A la altura de 1980, Washington se encontraba con un panorama negativo. Su fiel aliado europeo se encontraba atado de manos y pies como consecuencia del despliegue de misiles en la frontera rusa, neutralizando cualquier intervención occidental; la derrota en Vietnam consiguió eliminar su presencia en una región de vital importancia económica y militar; en África, las nuevas naciones, imbuidas por un sentimiento nacionalista y antiimperialista, se habían acercado a Moscú; Irán, una pieza clave para la industria militar norteamericana,

había caído como consecuencia de una revolución religiosa; la financiación y apoyo de Moscú a los grupos guerrilleros en Latinoamérica había conseguido el triunfo del Ejército de Liberación Nacional en Nicaragua, estableciéndose un gobierno comunista en pleno “patio trasero” de los Estados Unidos. A esto se sumó la intervención del Ejército Rojo en Afganistán en diciembre de 1978. Como vemos, a principios de década el saldo era favorable para el campo socialista con 12 victorias. Por tanto, fueron las acciones de La Unión Soviética llevadas a cabo en el Tercer Mundo durante la década de los 70 las que obligaron a los Estados Unidos a iniciar una respuesta más firme frente a Moscú. La supervivencia del modelo norteamericano estaba en juego y Washington aceptó el órdago lanzado por el Kremlin.

8. Referencias bibliográficas

- AA.VV (1982). «Historia contemporánea: el siglo XX (1914-1980)», Vol. II, Madrid, Alhambra.
- Chomsky. N. (1984). *La segunda guerra fría: crítica de la política exterior norteamericana, sus mitos y su propaganda*, Barcelona, Crítica.
- Chomsky. N., Steele. J. y Gittings. J. (1985). *Superpotencias en colisión: la nueva guerra fría de los años ochenta*, Madrid, Debate.
- Devillers. P. (1993). *La Indochina de hoy*, Madrid, Cuadernos del mundo actual.
- Forigua-Rojas. E. (2010). «Guerra en Afganistán: La experiencia soviética». *Papel Político*, 15, pp. 183-234.
- Halliday. F. (1989). *Génesis de la Segunda Guerra Fría*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Holbraad. C. (1989). *Las potencias medias en la política internacional*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Kennedy. P. (2005). *Auge y caída de las grandes potencias*, Barcelona, De Bolsillo.
- Levesque. J. (1974). *El conflicto chino soviético*, Barcelona, oikos-tau.
- Meyer, J. (2007). *Rusia y sus imperios (1894-2005)*, Barcelona, Tusquets editores.
- Minué. L. (1985). *Vietnam, la guerra que nunca acabó*, Madrid, San Martín S.L.
- Paredes Alonso. F. J. (1990). *Historia contemporánea*, Madrid, Actas.
- Pereira. J. C. (2003). *Historia de las relaciones internacionales contemporáneas*, Barcelona, Ariel.
- Sanz. J. (1999). *Vietnam y Camboya*, Madrid, ed. Gaesa.
- Taibo. C. (1999). *La Unión Soviética: el espacio ruso-soviético en el siglo XX*, Madrid, Síntesis.
- Veiga. F., Da Cal. E. y Duarte. A. (1997). *La paz simulada, una historia de*

la guerra fría (1941-1991), Madrid, Alianza.

Zorgbibe. C. (1997). *Historia de las relaciones internacionales*, vol. II, Madrid, Alianza.

9. Notas

1. El texto completo de la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa se puede consultar en: <http://www1.umn.edu/humanrts/osce/basics/finact75.htm>

2. Pereira, J. C.: *Historia de las relaciones internacionales contemporáneas*, Ariel, Barcelona, 2003, p. 432

3. Artículos 3 y 9 del Tratado de París de 1973. El texto completo se puede consultar en: http://en.wikisource.org/wiki/Paris_Peace_Accords

4. Art. 20, ibidem.

5. En Mark Huband: *África después de la Guerra Fría. Las promesas de un continente roto*, Paidós, Barcelona, 2001, citado en Oscar Mateos Martín: *África, el continente maltratado. Guerra, expolio e intervención internacional en el África negra*, Barcelona, Diciembre, 2005.

6. FNLA (Frente Nacional para la Liberación de Angola), fue un movimiento guerrillero de tendencia derechista y prooccidental fundado por Holden Roberto en 1956 que aspiraba a la independencia de su región del imperio

colonial portugués; UNITA (Unión Nacional para la Independencia Total de Angola) fue un movimiento que aglutinó a miembros del FNLA y la Unión Popular de Angola bajo el liderazgo de Jonás Savimbi. De origen maoísta, adoptó una postura anti-izquierda cuando comenzó a cooperar con las autoridades portuguesas contra la Unión Soviética y el MPLA.

7. Se pueden ver todas las reformas en: http://centrodeartigo.com/articulos-informativos/article_76684.html

8. Emersson Forigua-Rojas: *Guerra en Afganistán: La experiencia soviética*, en *Papel Político*, vol. 15, núm. 1, enero-junio, 2010, pp. 183-234, Pontificia Universidad Javeriana, Colombia.

9. Es la palabra rusa para referirse a los comandos de fuerzas especiales de élite militares y policiales de la actual Federación Rusa.

10. Veiga F., Da Cal E., y Duarte A.: *La paz simulada, una historia de la guerra fría (1941-1991)*, Alianza, Madrid, 1997.

11. Kennedy, P.: *Auge y caída de las grandes potencias*, de Bolsillo, Barcelona, 2005, pág. 643.

12. Felipe Victoriano Serrano: *Estado, golpes de Estado y militarización en América Latina: una reflexión histórico política*, Argumentos (Méx.) vol.23 no.64 México sep/dic. 2010, ISSN 0187-5795.

13. Fue una operación militar promovida por los Estados Unidos y apoyada por Barbados, Jamaica y miembros de la Organización de Estados del Caribe

Oriental y cuya finalidad era acabar con el gobierno de Huston Austin, sucesor de Bishop, mediante la ocupación militar de la isla